

4. APARECE EL MAESTRO

Yo sólo he tenido un verdadero maestro. Con él estuve únicamente un año y apenas tuve un contacto personal. Seguí un curso suyo de Historia de la Filosofía en Pamplona que me marcó para siempre, y asistía a todas las charlas y conversaciones en las que ese hombre singular participaba.

De pronto, ante mí, como brotando de bajo tierra, se hacía carne El Filósofo, un personaje de la prosapia de Parménides y de Heráclito, o de Platón y Aristóteles, o de Kant y Hegel. Era alto y bien plantado, un poco encorvado por el peso de su cerebro, muy corto de vista y tenía la cabeza redonda (aunque menos achatada por los polos que la mía). Por cierto, se llamaba Polo, Leonardo Polo. (¡Leonardo, como mi amigo de Barcelona Leonardo Agustina, o como Leonardo da Vinci!) Era casi calvo, de una venerable y dorada calvicie que resaltaba su imponente cráneo de pensador. Entre nosotros (sus alumnos y discípulos) le llamábamos El Divino Calvo. Su «oscuridad» era proverbial; emulaba en esto a Heráclito el Oscuro. Sorprendía en él la fuerza inmarcesible de su Verbo filosófico, que era un torrente de ideas poderosas que se entrelazaban unas con otras; iba lanzando casi sin pro-

ponérselo, de manera espontánea y natural, una generosa floración de chispazos y centellas que de pronto bañaban de luz cegadora este o aquel problema filosófico y existencial.

Leonardo Polo era un verdadero Genio. Era la imagen misma, tan porfiadamente buscada por mí, del Buen Genio. Apenas se le conocía fuera de un pequeño círculo de fieles. Tenía un carácter ingenuo, casi infantil y una proverbial carencia de recursos prácticos para transitar por el mundo. Imitando a Wittgenstein se situaba en las sesiones de cine en primera fila (era muy corto de vista), disfrutando como un loco, al igual que el maestro vienés, con los *western* americanos de Hollywood. En tertulias informales hablaba de todo, de cine, de literatura, de política, de historia, del mundo contemporáneo, y lo hacía de manera que espontáneamente, sin forzar nada la charla, brotasen sus ideas y sus opiniones del mismo magma filosófico y sistemático del que surgían también sus clases. Era cuestión de dejarle que se explayara, que hablara y hablara (mientras algunos de nosotros íbamos tomando apuntes como desafortunados, siempre tras él, libreta en mano, a la caza de todo atisbo de Idea que surgiera de sus labios). Nunca antes ni después, ni aquí ni fuera de aquí, ni en España ni en el extranjero, he conocido nada igual.

Muchas veces me he preguntado si no había en mí, en aquella coyuntura, una propensión a la mitificación veneradora que hizo de la necesidad virtud, de manera que proyecté por atribución sobre un personaje ciertamente brillante, pero quizás no tan intenso e importante como mi tierna edad suponía, todas mis apremiantes demandas de un *Magister* que me despejara de una vez mi ya incordiante problema vocacional. O que había sido proclive a una deseada seducción con el fin de encontrar alguien que pudiera guiarme en mi orientación hacia el futuro existencial y profesional. Pero dispongo de un testimonio

que no ofrece lugar a dudas: los apuntes de clase de aquel curso de Historia de la Filosofía memorable. Y éstos, aun hoy, me sorprenden por la frescura y garra de las ideas que ese Sabio era capaz de imprimir en la exposición de sus lecciones.

En el colectivo filosófico español Leonardo Polo no ha gozado de especial predicamento. El hecho de pertenecer al Opus Dei ha sido, para muchos, argumento de peso para no prestarle atención. Su oscuridad, su inclinación metafísica, ha sido a menudo ridiculizada (objeto de escarnio entre los colegas tocados de «progresía», incapaces de deslindar la intrínseca calidad de una línea de pensamiento de las personales opciones ideológicas). Para colmo de desgracias sus escritos no permiten calibrar toda la pólvora que su Verbo encendido dinamitaba. Son escritos mal pergeñados, de una insufrible oscuridad, prácticamente ilegibles, que no permiten entrever la grandeza de las expresiones *verbales* de este singular filósofo.

Me leí con verdadera devoción sus libros *El acceso al ser*, y comencé su ciclo sobre *El ser*, pero desistí con desesperación, o acabé tirando la toalla: son textos literalmente *ilegibles*; su autor se había peleado con el idioma y había salido muy mal librado en esa lucha con el Ángel que es, para todo filósofo, la escritura.

Todo lo que en sus lecciones orales era embrujadora capacidad expresiva de Ideas potentes magníficamente trabadas era, en sus escritos, un insoportable magma de proposiciones incomprensibles que apenas se podían seguir en la más atenta de las lecturas: una tiniebla estéril e impotente que convalidaba y justificaba las más duras arremetidas del Círculo de Viena, o del Positivismo Lógico, contra los extravíos metafísicos. Pocas veces un talento tan bien dotado para la filosofía sufría un descalabro tan letal al no haber sabido tomar las debidas precaucio-

nes en su pasaje a la escritura. Ésta fue su Waterloo, o el iceberg que convirtió un bien pertrechado navío lleno de parabienes para la filosofía del futuro en un montón de ruinas.

¡Qué lastima, Dios mío, qué lástima! Leyéndole comprendí que la raíz de nuestra miseria filosófica nacional, o por extensión hispana, radicaba en la escasez de tradición filosófica *escrita*, o que la gran batalla por lograr que la filosofía hispana alcanzase rango universal, ecuménico, internacional, debía jugarse íntegramente, o por lo menos de forma preponderante, en la escritura: en la gestación de una escritura y de una literatura filosófica *en lengua española* que permitiera la acogida de los más diversos estilos de reflexión filosófica. El gran fiasco de Leonardo Polo fue para mí decisivo. Yo he querido a través de mi apuesta filosófica por una Obra Escrita provocar un efecto de Torcedura en el destino hispano (en la línea de mis pocos antecesores en estas labores, Ortega y Gasset, Zubiri, Unamuno, María Zambrano y pocos más).

Leonardo Polo ha podido mantener vivo siempre un pequeño grupo de fieles que hacían hermenéutica de su importante magisterio. Pero casi todos eran «de la Obra», y eran más incondicionales acólitos que verdaderos discípulos. Nadie, fuera del cascarón protector de aquella institución, se ha tomado en serio su magisterio y su filosofía. Y hasta me malicio que más de uno se sorprenderá muy mucho de esta confesión mía; o incluso algún colega comenzará a dudar de mí, si es que no ha dudado anteriormente, o se preguntará si no sufro las debilidades de un prematuro envejecimiento, o si sigo bien en mis cabales. Éste es un país muy duro de cerviz donde cualquier desviación de lo que un cierto pensamiento más o menos establecido considera correcto resulta poco menos que hiriente. Aquí está *muy mal visto* pensar con libertad de espíritu e independencia.

Pero pecaría contra la verdad si dijera algo distinto de lo que estoy diciendo, a saber, que Leonardo Polo, con todas sus deficiencias (sobre todo en la escritura), es y ha sido un filósofo que sobresale con generosidad del clima general de aplanada mediocridad del gremio filosófico español, tanto de derechas como de izquierdas. Pero que en parte por ser del Opus Dei (un bocado duro de tragar para muchos), en parte por la congénita oscuridad de su escritura, y en parte también por el carácter puramente sectario de sus pocos seguidores, no ha sido reconocido como tal.

Su filosofía la he llegado a comprender, tardíamente, a la luz de mi recorrido estos años a través de la compleja selva de la obra tardía de Schelling. Polo era un Schelling español: un filósofo formado en una estructura mental y filosófica claramente idealista que, sin embargo, desde el Idealismo filosófico quería abrirse al Realismo. O que descubría una «presencia mental» como *límite* indicador de un «más allá» (metafísico) que permitía «abrir» lo que podía comprenderse como «realidad». Eso es lo que entresaqué de sus magníficas lecciones de aquel año. Eso me quedó hasta tal punto grabado en la memoria que muchos años después fecundó por dentro mi «filosofía del límite», y en particular mi propia concepción de la *razón fronteriza*.

Hegel había consumado y realizado el Idealismo; lo había conducido a su forma perfecta y acabada; había llevado a cabo el proyecto de un Idealismo absoluto. Pero esa filosofía hegeliana no era la *acmé* del Idealismo alemán, como durante un siglo se ha pretendido; no era la etapa final, perfecta y conclusiva, como sentenciaban Richard Kröner, o Hartmann, o tantos otros. Más bien era un eslabón importantísimo en relación a una operación de mayor ambición y calado que, sin embargo, quedó en barbecho: la perpetrada por el último Schelling, la que

introduce una última «mediación» de la Idea plenamente determinada y concreta con la Realidad, o con la Existencia (como ha mostrado con claridad Walter Schulz en un importante libro). Ésa es la ruta que la filosofía contemporánea ensaya, pero rompiendo la sutil tensión dialéctica ideal / realista que en Schelling porfía por mantenerse.

No, Polo no iba exactamente por esta ruta; ésta ha sido la ruta historiográfica a la luz de la cual he ido construyendo mi propio proyecto de una *razón fronteriza*. Pero en la filosofía de Polo hallaba ya entonces semillas y sugerencias de este Ideal / Realismo, marcado por el signo del Límite (/), en el cual cifro yo mi propia identidad filosófica.

Al salir de sus clases me sentía envuelto en una espiral de ideas y sensaciones que se agolpaban sobre mi cerebro, y que luego, al volver a la residencia, trataba de repetirme a mí mismo, o de ordenar en frases propias, o de lograr revivirlas ante alguna víctima propiciatoria que se prestara a aguantarme ese «rollo» todavía adolescente de mi edad del pavo filosófica. En las clases levitaba en un nervioso acopio de aptitudes taquigráficas mediante las cuales iba recogiendo cuanto llegaba a mis oídos de esas enseñanzas inauditas.

Las clases eran un prodigio de capacidad creadora filosófica. Era un curso de historia de la filosofía, en el que se limitaba a *recrear* las filosofías más significativas en su histórica sucesión. Pero en esa operación era un maestro consumado. Era capaz de metamorfosearse en la intuición radical de cada pensador para hacer brotar, a través de su expresión verbal, el contenido filosófico del mismo. Era un espectáculo memorable asistir a la gestación de la Idea platónica, o del Acto energético o de la Entelequia aristotélica, o del Uno plotiniano, o de la Sustancia spinozista, o de la Razón Crítica kantiana, o de la Idea abso-

luta hegeliana, o incluso de la Razón dialéctica marxista. Y lo más sorprendente era que, siendo radicalmente fiel a cada uno de esos hitos del pensamiento, jamás perdía el hilo de su propio discurso filosófico; éste persistía como el *basso ostinato* invisible e inaudible que aguantaba ese prodigio de reconstrucción hermenéutica.

Se metía de lleno en los entresijos mentales del proyecto filosófico de cada uno con una seriedad, un entusiasmo y una honradez que no he presenciado jamás. ¡Él, miembro numerario del Opus Dei, idealista de formación que quería aproximarse al realismo existencial tomista, era capaz de introducirse en el núcleo cerebral de Hegel, de Marx, de los existencialistas con un nivel de comprensión y con una grandeza de miras que luego nunca he visto en nadie! Cuando hablaba de Hegel parecía hegeliano; cuando de Kant, kantiano; y cuando, en dos sesiones memorables, se refirió a Marx, hasta parecía marxiano.

Fue, sobre todo, mi maestro en mi larga aventura docente. Hasta ahora sólo me he referido a mis libros, a mis aventuras textuales y de escritura. Éstas son, en la economía de mi producción, lo más importante; en ellos he efectuado mi más generosa inversión de energía y capacidad. Pero en segundo rango, aunque en mi caso a bastante distancia, he de situar la actividad docente.

Tardé muchos años en controlar y dominar el ejercicio de la docencia filosófica. Tuve muchas dificultades al principio de mi carrera. Mi natural tímido y retraído era un obstáculo importante. Enfrentarme a un auditorio lleno de gente me intimidaba demasiado. Me costó mucho adquirir dominio sobre la situación; y sobre todo tardé mucho tiempo en dar con la clave de la perfecta docencia: el control del *tempo* del discurso que se desarrolla en una clase.

Una clase es una pequeña pieza retórica y dramática que debe regirse por los mismos principios que guían

cualquier intervención ante un público: una obra teatral, por ejemplo. Los antiguos asignaban a la oratoria un rango sobresaliente. Y una clase es, sobre todo, un ejercicio de oratoria. Es importante modular el ritmo, tener un control exacto de los tiempos, saber cuándo y cómo debe introducirse la idea (única) que, en cada clase, se quiere transmitir. Hay que saber preparar esa emergencia de la idea mediante un exordio bien pertrechado con toda suerte de recursos y trucos de escenificación retórica. Y hay que saber concluir en el punto justo en el cual todos desearían que la sesión durara indefinidamente.

El magisterio de Leonardo Polo fue a todas luces decisivo para decidirme en relación a la especialidad a seguir. Ante tal manifestación de *evidencia* era difícil no comprometerse. Lo mío debía ser eso; no la literatura, la novela, la poesía, por mucho que persistiera en cultivarlas (a escondidas). Lo mío era la filosofía. A fin de cuentas siempre había tenido una actitud reflexiva, contemplativa y de constante meditación, tanto en las conversaciones confidenciales con mis amigos de entonces y de los últimos años de colegio, como también en mis propios escritos. En ellos ya había hecho algún intento de ensayo, o de reflexión general sobre las cosas, aun cuando tomaba siempre como pretexto una novela, un poema o una película; por ejemplo, *El árbol de la vida*, la película que en este texto me sirve de mascota y de espolón de proa, o de hilo conductor; una película de un director discreto, Edward G. Dmytryk, de la que tengo escritas algunas páginas de crítica cinematográfica enterradas sin pena ni gloria en alguno de mis cuadernos de Preuniversitario.

Había dado, pues, un paso decisivo en mi búsqueda de aquel mitificado Árbol del Condado de Raintree. Quizás el más importante paso de todos: el relativo a la elección vocacional, el que iba a determinar mi futuro desarrollo profesional. Y lo hice entre peligros, en medio del Cabo

de las Tormentas que estaba atravesando embarcado en esa Nave de Salvación, o Nave de los Locos, que era la Obra de Dios. Parecía feliz; transmitía alegría y entusiasmo; pero una parte de mi mente registraba multitud de aspectos de esa Empresa como cosas innecesariamente absurdas o hasta dementes.

¿Cómo una idea tan acertada en lo sustancial podía irse a pique por unas elecciones completamente erradas en lo accidental? ¿Por qué esa innovación importante, la de generar una forma de vida secular de entrega religiosa incondicional, se echaba a perder a causa de que integraba en ella las costumbres, estilos y maneras más reaccionarias y ñoñas que uno puede asociar al peor cromismo del catolicismo? ¿Cómo era posible que una orden clerical arcaica, pero mucho más avezada, como la de los jesuitas, le hubiese ya entonces tomado la delantera en casi todo (en unos tiempos en que se estaba gestando el Vaticano II, la gran revolución dentro de la Iglesia católica)? ¿Cómo podía ser que lo que había nacido como un ímpetu juvenil de transformación de la sociedad en general, y de la Iglesia en particular, acabara siendo el estandarte de lo más reactivo y repulsivo de ésta? Yo, la verdad, no daba crédito a lo que veía, si bien había optado por ponerme una venda en los ojos; por lo menos durante un tiempo.

Decidí, pues, estudiar filosofía, para lo cual debía ausentarme de Pamplona, ya que allí no había todavía especialidades en Filosofía y Letras (sólo se cursaban los años comunes, que entonces eran los dos primeros). Me dolía mucho tener que dejar el magisterio de Leonardo Polo justo en el momento en que más podía aprender de él, pero no había más remedio. Me fui un año a Madrid, donde viví en una residencia del Opus Dei que se hallaba situada en un edificio histórico dentro de la pequeña crónica de la Obra, ya que era la residencia primera del fundador y de los suyos en esa ciudad. Tal edificio era una

vieja casa situada en la calle Diego de León, cerca de La gasca, no lejos de Serrano.

Es poco lo que puedo decir de ese año madrileño. El Madrid de entonces era deprimente. La zarpa del franquismo se había enquistado sobre la capital de España de un modo mucho más eficaz que sobre otros lugares. Los estudios de filosofía eran un verdadero esperpento. Prevalcía la llamada «Escuela de Astorga», y era un nido de indocumentados lamentable (eso sí, era también el mayor semillero de directores generales del Régimen por metro cuadrado universitario).

Ese año transcurrió sin pena ni gloria. Nada puedo recordar de él que sea significativo. No me he propuesto aquí hacer una crónica sociológica de los desastres del Régimen. Tampoco me apetece insistir en ese muestrario teratológico del mayor conjunto de incompetentes filosóficos que puedan imaginarse. Fue en términos universitarios un año perdido. Por fortuna, al acabar el año, se me propuso una aventura nueva que era una verdadera bendición: trasladarme durante tiempo indefinido a Alemania con la intención de reiniciar allí la carrera de Filosofía, y convertirme, llegado el caso, en un verdadero alemán: uno de los pioneros alemanes, o hispano-alemanes, de la expansión de la Obra en ese territorio difícil. Yo acepté el envite con emoción y verdadera ilusión. Era la oportunidad de mi vida. Podía vivir en la patria de todos los Genios que yo admiraba, los musicales (iba a Bonn, patria de Beethoven) y los filosóficos (los más grandes: Kant, Hegel, Heidegger y *tutti quanti*).

Llegué a Bonn al principio del verano y seguí allí un curso intensivo de alemán. Hice las pruebas de alemán para matricularme en el primer semestre de filosofía al finalizar el verano; pasé esas pruebas, lo que me dio mucho ánimo. Me matriculé de Filosofía como *Hauptfach* (o especialidad principal) y de Germanística como *Nebenfach*

(especialidad secundaria). Después de un semestre en Bonn seguí en Colonia (Köln) durante tres semestres más. Mi intención era hacer de nuevo la carrera y olvidarme de los tres cursos que había llevado a cabo en España (convalidando la carrera si llegaba el caso).

Recuerdo las clases de Volkmann-Schluck, yerno y seguidor fiel de Heidegger, que en un curso de «Introducción a la filosofía» nos abrumaba con el galimatías lingüístico propio de quien convierte en jerigonza escolástica el estilo (discutible, pero justificado) de su maestro. Ese mismo profesor era, sin embargo, un riguroso exégeta excelente cuando afrontaba textos clásicos, como en un recorrido por la «Analítica de lo Bello» de la *Crítica del juicio* de Kant, cosa que llevó a cabo en un curso titulado «Arte y conocimiento» (o *Kunst und Erkenntnis*). También sobre Kant seguí un excelente comentario al capítulo de la *Crítica de la razón pura* en que se distingue «fenómenos» de «noumenos» llevado a cabo por otro profesor llamado Janke. Así mismo recuerdo un magnífico seminario sobre el *Theeteto* de Platón que ponía a prueba mis conocimientos del griego, de un joven profesor llamado Hirsch, que era asistente de Volkmann-Schluck. Seguí también otros cursos y seminarios que me dejaron escasa huella.

Pero mi mayor impacto en la universidad no fue filosófico. Fue poético. Y vino de la mano de dos grandes cursos de uno de los más reconocidos especialistas en Hölderlin, Binder, que desarrolló primero una introducción y, luego, todo un curso sobre su poesía tardía («El Hölderlin tardío», *Die späte Hölderlin*). El descubrimiento de Hölderlin fue para mí algo importante. Leí todo lo legible sobre ese poeta; me leí como pude (dada su extrema dificultad) su obra poética y pasé luego a los comentarios: Peter Szondi, el citado Binder, el comentario de Heidegger y el de Romano Guardini, entre otros.

Por vez primera tenía acceso a las obras inmortales clásicas de la filosofía: las tres críticas kantianas, sobre todo; la *opera omnia* platónica, que leí cuidadosamente, diálogo tras diálogo, aconsejado por un buen profesor de filosofía que era español, también del Opus Dei, Fernando Inciarte, que ya por entonces me aconsejaba que explotara en el futuro el filón platónico (sobre todo los «diálogos de madurez», el *Parménides*, el *Theeteto* y el *Sofista*) como posible trabajo de doctorado.